



Nuevas perspectivas de investigación en Historia Moderna: Economía, Sociedad, Política y Cultura en el Mundo Hispánico

**M^a Ángeles Pérez Samper y José Luis Betrán Moya
(eds.)**

**Nuevas perspectivas de investigación
en Historia Moderna:
Economía, Sociedad, Política y Cultura en el Mundo
Hispánico**

**M^a Ángeles Pérez Samper y José Luis Betrán Moya
(eds.)**

ISBN: 978-84-949424-0-2



© Los autores

© De esta edición: Fundación Española de Historia Moderna, Madrid, 2018.

Editores: M^a Ángeles Pérez Samper y José Luis Betrán Moya.

Colaboradores: Alfonso Calderón Argelich y Francisco Fernández Izquierdo

Fotografía de cubierta: Vista de Barcelona, de Anton van den Wyngaerde (1535).



Créditos

DIRECTORES

María Ángeles Pérez Samper • José Luis Betrán Moya

SECRETARIOS

Alfonso Calderón Argelich • Iván Jurado Revaliente • María Aguilera Fernández • Ricard Torra Prat
• Cristian Palomo Reina • Diego Sola García • Isaac García-Oses • Iván Gracia Arnau

COMITÉ CIENTÍFICO

Dr. Eliseo Serrano Martín (Universidad de Zaragoza) • Dr. Juan José Iglesias Ruiz (Universidad de Sevilla) • Dr. Francisco Fernández Izquierdo (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) • Dra. Virginia León Sanz (Universidad Complutense de Madrid) • Dr. Félix Labrador Arroyo (Universidad Rey Juan Carlos) • Dr. Francisco García González (Universidad de Castilla-La Mancha) • Dr. Manuel Peña Díaz (Universidad de Córdoba) • Dra. Ángela Atienza López (Universidad de La Rioja) • Dr. José Luis Betrán Moya (Universidad Autónoma de Barcelona) • Máximo García Fernández (Universidad de Valladolid) • Antonio Jiménez Estrella (Universidad de Granada)

COMITÉ ORGANIZADOR

Ricardo García Cárcel (UAB) • Doris Moreno Martínez (UAB) • Bernat Hernández Hernández (UAB) •
Jaume Dantí Riu (UB)

EVALUADORES

Dra. Rosa María Alabrús Iglesias (Universidad Abad Oliba) • Dra. Ángela Atienza López (Universidad de la Rioja) • Dr. José Luis Betrán Moya (Universidad Autónoma de Barcelona) • Dra. Mónica Bolufer Peruga (Universidad de Valencia) • Dr. Miguel Ángel de Bunes Ibarra (CSIC) • Dr. Juan Jesús Bravo Caro (Universidad de Málaga) • Dr. Manuel F. Fernández Chaves (Universidad de Sevilla) • Dr. Máximo García Fernández (Universidad de Valladolid) • Dra. María Soledad Gómez Navarro (Universidad de Córdoba) • Dr. Ricardo García Cárcel (Universidad Autónoma de Barcelona) • Dr. José Ignacio Gómez Zorraquino (Universidad de Zaragoza) • Dr. Miguel Fernando Gómez Vozmediano (Universidad Carlos III) • Dr. Juan Hernández Franco (Universidad de Murcia) • Dr. Manuel Herrero Sánchez (Universidad Pablo de Olavide) • Dr. Juan José Iglesias Rodríguez (Universidad de Sevilla) • Dra. María del Carmen Irlés Vicente (Universidad de Alicante) • Dr. Josep Juan Vidal (Universidad de Mallorca) • Dr. José Manuel Latorre Ciria (Universidad de Zaragoza) • Dra. Virginia León Sanz (Universidad Complutense de Madrid) • Dra. M^a Victoria López-Cordón Cortezo (Universidad Complutense de Madrid) • Dr. Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz (Universidad de Granada) • Dr. Roberto López Vela (Universidad de Cantabria) • Dr. Tomás Antonio Mantecón Movellán (Universidad de Cantabria) • Dr. José Martínez Millán (Universidad Autónoma de Madrid) • Dr. Miquel Àngel Martínez Rodríguez (Universidad de Barcelona) • Dr. Miguel Ángel Melón Jiménez (Universidad de Extremadura) • Dr. Juan Francisco Pardo Molero (Universidad de Valencia) • Dr. José Pardo Tomás (CSIC) • Dra. María José de la Pascua Sánchez (Universidad de Cádiz) • Dr. Manuel Peña Díaz (Universidad de Córdoba) • Dr. María José Pérez Álvarez (Universidad Autónoma de Madrid) • Dr. Rafael M. Pérez García (Universidad de Sevilla) • Dra. María Ángeles Pérez Samper (Universidad de Barcelona) • Dr. Juan Postigo Vidal (Universidad de Zaragoza) • Dra. Ofelia Rey Castelao (Universidad de Santiago de Compostela) • Dr. Manuel Rivero Rodríguez (Universidad Autónoma de Madrid) • Dr. José Javier Ruiz Ibáñez (Universidad de Murcia) • Dr. Porfirio Sanz Camañes (Universidad de Castilla - La Mancha) • Dra. Margarita Torremocha Hernández (Universidad de Valladolid) • Dr. Xavier Torres i Sans (Universidad de Girona) • Dra. Susana Truchuelo García (Universidad de Cantabria).

La visión de la corte rusa postpetrina (1727-1730) en el diario del viaje a Moscovia del II Duque de Liria y Jérica*

The vision of the post-petrine Court (1727-1730) in the Diario del Viaje a Moscovia of the II Duke of Liria and Jérica

Jorge Pajarín Domínguez
Universidad Rey Juan Carlos

RESUMEN:

En 1727 llegó a San Petersburgo la que fue la primera embajada española en Rusia, encabezada por Jacobo Francisco Fitz-James Stuart y Burgh (1696-1738), II duque de Liria y Jérica. Más allá de los objetivos políticos y económicos de la legación hispana, fijados por el propio contexto europeo, su presencia en Rusia permitió a la Corte de Madrid tener un total conocimiento de aquel país, tan lejano geográficamente y que en tiempos de Pedro I se había erigido como una de las grandes potencias europeas. El resultado fue el Diario del viaje a Moscovia, obra fundamental para el conocimiento y estudio de la corte rusa tras la muerte de Pedro I el Grande. En concreto, la Corte del zar-niño Pedro II y la ascensión al trono de Ana I, periodos aún por investigar. Así, a través del relato del duque de Liria, descubrimos una corte rusa que, a pesar de sus diferencias con Occidente, pugnaba, en medio de facciones y luchas de poder, por consolidarse en el panorama europeo.

PALABRAS CLAVE:

Diplomacia; Corte; Duque de Liria; Pedro I; Casa Dolgoruki; Facciones.

ABSTRACT:

The first Spanish embassy in Russia took place in 1727. It was headed by James Francis Fitz-James Stuart and Burgh (1696-1738), II Duke of Liria and Jérica. Despite its political and economic objectives, set by the European context, its presence in Russia allowed Madrid to know that country that during the reign of Peter I had become one of the great European powers. *Diario del viaje a Moscovia* is a fundamental work for the knowledge and study of the Russian court after the death of Peter the Great. Specifically, the Court of the Tsar-child Peter II and the first moments of Anna I as tsarina, periods unknown. Through the story of the Duke of Liria, we discovered a Russian court which, despite its differences with the West, wanted, in the midst of factions and power struggles, to consolidate in Europe.

KEYWORDS:

Diplomacy; Court; Duke of Liria; Peter I the Great; House of Dolgorukov; Noble factions.

* Este trabajo se inscribe dentro de las actuaciones del proyecto “La herencia de los Reales Sitios. Madrid, de Corte a capital (Historia, Patrimonio y Turismo)” (H2015/HUM3415) de la Convocatoria de Programas de I+D en Ciencias Sociales y Humanidades 2015 de la Comunidad de Madrid.

En la renovación que la ciencia histórica ha experimentado en las últimas décadas, el estudio de las relaciones diplomáticas ocupa un lugar privilegiado, en el cual se ha sustituido la vieja historia centrada en los Estados por aquella protagonizada por figuras individuales y entidades colectivas que ejercieron un papel fundamental en el desarrollo de las relaciones internacionales¹. A este respecto, debemos mucho a la obra clásica de Garrett Mattingly² que sentó las bases de la nueva historia diplomática.

Esta corriente historiográfica concibe el espacio diplomático, a partir de la Edad Moderna, como el lugar desde el que se observa y se piensa sobre el otro y, en consecuencia, desde donde se construye la propia identidad. Por ello, cobra especial interés el estudio de la figura del embajador o diplomático como agente fundamental para la transmisión de la cultura europea. En este sentido, podemos destacar los trabajos de Timothy Hampton, quien, desde una perspectiva literaria, pone de relieve las implicaciones culturales que tuvo la diplomacia moderna y cómo las obras literarias pueden servir como fuentes esenciales con las que comprender las herramientas diplomáticas y el contexto europeo³. Por su parte, Robyn Adams y Rosanna Cox se han centrado en analizar lo que tradicionalmente se concebía como el “trasfondo” de las relaciones diplomáticas y que consideran esenciales para una comprensión más completa de los procesos y sistemas de las embajadas modernas, tales como las redes de amistad, las prácticas comerciales, la cultura del regalo, la importancia del protocolo, etc⁴. Participa de esa misma idea la obra que coordinó Diana Carrió-Invernizzi y que se ha centrado en seguir la pista de aquellos personajes que conformaban el cuerpo diplomático, ya fuesen nobles, eclesiásticos, militares, artistas..., responsables, todos ellos, de construir las relaciones internacionales⁵. Y, por último, podemos indicar el trabajo de Helmers, quien aborda el papel de los medios de comunicación en las relaciones diplomáticas de la época, como la prensa, pero también subraya cómo los elementos característicos de la Corte, ya fuesen el ceremonial, la etiqueta, etc., contribuían a la imagen y propaganda de las cortes europeas⁶.

Así, desde esta corriente historiográfica, abordaremos el inicio de las relaciones diplomáticas entre la Corona española y Rusia, atentos al concepto y descripción que de la corte rusa postpetrina nos proporcionó el II duque de Liria, primer ministro plenipotenciario español en Rusia.

1. La embajada del II duque de Liria a Rusia y el *Diario del viaje a Moscovia*

En 1727 llegó a San Petersburgo la que fue la primera embajada española en Rusia, encabezada por Jacobo Francisco Fitz-James Stuart y Burgh (1696-1738), II duque de Liria

¹CABEZAS, SUSANA: “La diplomática general y especial en el marco de los estudios actuales”, *VIII Jornadas Científicas sobre Documentación contemporánea*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2008, pp.9-32.

²MATTINGLY, GARRET: *Renaissance diplomacy*, Baltimore, Penguin Books, 1955.

³ En este punto no queremos ser muy prolijos ya que la bibliografía actual es muy amplia. HAMPTON, TIMOTHY: *Fictions of embassy. Literature and diplomacy in Early Modern Europe*, Ithaca, Cornell University Press, 2009.

⁴ADAMS, ROBYN y COX, ROSANNA (eds.): *Diplomacy and Early Modern Culture*, New York, Palgrave Macmillan, 2011.

⁵CARRIÓ, DIANA (dir.): *Embajadores culturales. Transferencias y lealtades de la diplomacia española de la Edad Moderna*, Madrid, UNED, 2016.

⁶HELMERS, HELMER: “Public Diplomacy in Early Modern Europe. Towards a new history of news”, *Media History*, 22 (2016), pp.401-420.

y Jérica⁷. Su misión consistía, en el contexto europeo dividido por el bloque de Hannover y la Alianza de Viena, en asegurar un tratado ofensivo-defensivo entre la corona española y el zarato ruso, con la previsible guerra contra Inglaterra como telón de fondo. Como detallaba la *Instrucción* dada por Felipe V, había que conseguir que Catalina “armar[a], con disimulo y con un pretexto aparente, una poderosa armada en el puerto de Arcángel [...], y hacer un desembarco de guerra en las costas de aquella isla, para volver al trono al Rey Jacobo y restablecer el equilibrio de Europa”⁸. A dicho objetivo, se sumaron los intereses de ambos países por establecer un comercio directo, entre otros proyectos⁹.

Si bien la misión del duque de Liria no tuvo éxito y se pudiera pensar que su embajada, como él mismo escribió, “parecerá a cualquiera que fue inútilísima de ningún provecho”, lo cierto es que su presencia en Rusia nos dejó un relato fundamental para el conocimiento de la corte rusa tras la muerte de Pedro I: su *Diario del viaje a Moscovia*. Aun cuando la obra se dirigía a su propio entretenimiento y a la instrucción de sus hijos, su testimonio fue de vital importancia para la Corte de Madrid para el conocimiento de aquella Rusia, tan lejana geográficamente, a través de las cartas, informes, etc., que envió desde Moscú¹⁰.

De acuerdo a Isabel Arranz del Riego y Mario Rodríguez Polo, dadas sus propias limitaciones idiomáticas y económicas, el duque de Liria se mantuvo ajeno a la realidad rusa, lo que le impedía conocer de manera plena las tradiciones y costumbres rusas en su conjunto; es decir, “pocas son las claves que muestra el duque de Liria para entender otro entorno que no sea el de la Corte”¹¹. Por ello, en este artículo nos centraremos en el análisis de un elemento que conocía mejor, la Corte, concretamente la Corte de Pedro II y Ana I, a partir de las impresiones que dejó escritas en su *Diario*.

⁷ Para una breve biografía, ver STUART Y FALCÓ, DUQUE DE ALBA, JACOBO: “El Duque de Liria, D. Jacobo Stuart, hijo del Mariscal de Berwick, embajador en Rusia”, *Conferencia pronunciada en la Escuela Diplomática el día 5 de mayo de 1951*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1951.

⁸ ESPADAS BURGOS, MANUEL (ed.): *Corpus diplomático hispano-ruso (1667-1799)*, vol.1, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1991, p. 97. “Instrucciones de Felipe V al Duque de Liria y Jérica, nombrado Embajador en la Corte de Moscovia”. 22 de enero de 1727 [Doc. 47].

⁹ Para la política exterior de Felipe V y de los primeros Borbones véase, BÉTHENCOURT Y MASSIEU, ANTONIO DE: *Relaciones de España bajo Felipe V. Del Tratado de Sevilla a la Guerra con Inglaterra (1729-1739)*, Alicante, Asociación Española de Historia Moderna (AEHM), 1998; OZANAM, DIDIER: “La diplomacia de los primeros Borbones”, *Cuadernos de Investigación Histórica*, 6 (1982), pp.169-194, “La política exterior de España en tiempo de Felipe V y de Fernando VI”, en *La época de los primeros Borbones*, vol. 1, Madrid, Espasa Calpe, 1996, pp.441-699 y “Dinastía, Diplomacia y Política Exterior”, en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, PABLO (ed.): *Los Borbones. Dinastía y memoria de Nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons/Casa Velázquez, 2001, pp. 17-46. Asimismo, VIDAL, JOSEP JUAN y MARTÍNEZ RUIZ, ENRIQUE: *Política interior y exterior de los Borbones*, Madrid, Istmo, 2001.

¹⁰ Para este artículo, se ha utilizado la edición moderna de ENCINAS MORAL ÁNGEL LUIS; ARRANZ DEL RIEGO, ISABEL y RODRÍGUEZ POLO, MARIO: Jacobo Fitz-James Stuart, duque de Liria y Jérica, *Diario del viaje a Moscovia*, Madrid, Miraguano, 2008. Sólo en dos ocasiones se editó esta obra en español con anterioridad: la primera, del año 1890, obra de Antonio Paz y Meliá, quien publicó *Diario del viaje a Moscovia del Duque de Liria y Xérica, por embajador de Felipe V. 1727-1730*, en Madrid en el tomo 87 de la Colección de Escritores Castellanos; la segunda vez que se editaría el relato del duque de Liria sería en 1891 por Feliciano Ramírez de Arellano, Marqués de la Fuensanta del Valle, quien lo incluyó en el tomo 93 de la famosa *Colección de documentos inéditos para la Historia de España* (CODOIN).

¹¹ ARRANZ DEL RÍO, ISABEL y RODRÍGUEZ POLO, MARIO: “Epílogo”, en Duque de Liria, *Diario del viaje...*, p. 444.

De esta manera, siguiendo el ejemplo de Paul Bushkovitch¹², podemos afrontar diversas cuestiones, como el papel que tenían las políticas y acciones emprendidas por el Gobierno ruso, cómo eran los principales políticos, gobernantes y miembros de la Corte, cuál era la reacción de las distintas facciones nobiliarias a las diversas tendencias intelectuales y culturales de cariz occidental que competían con las tradiciones rusas, etc.

Las luchas de poder en la Corte de Pedro II

Durante su viaje a Rusia, lo que le llevó a pasar por las Cortes de Parma, Viena, Berlín, Varsovia¹³, etc., el duque de Liria conoció de antemano la delicada situación en la que se encontraba la corte rusa. Las noticias de la muerte de la zarina Catalina I y la caída y destierro de Aleksandr Ménshikov, representantes y herederos del programa de Pedro “el Grande”, preocuparon y conmocionaron al legado español, pues uno de los principales motivos que había tenido para aceptar una embajada “tan lejos de los pies de mis amos, fue para conocer personalmente a una princesa tan grande, que no bastan las mejores plumas para hacer un digno elogio de ella”¹⁴. Además, se trataba de un hecho perjudicial para los objetivos de su embajada, como así resultó ser, ya que durante el reinado de Pedro II el gobierno ruso desatendió su política exterior para tratar de resolver sus problemas internos¹⁵.

La obra del duque de Liria es especialmente interesante por los perfiles psicológicos que realizó sobre los miembros de la corte rusa a lo largo de todo su *Diario*, el cual incluye, además, un *Tratado particular de caracteres de diferentes personas*. A pesar de que sus descripciones están teñidas de sus propios juicios personales, modificando sus opiniones en función del devenir de los acontecimientos, fueran favorables o no, y de la mejor o peor relación que tuviera con determinados personajes, su testimonio permite comprender el periodo inmediato que siguió a la muerte de Pedro I, tan poco estudiado hoy en día.

En primer lugar, el retrato que hizo el enviado hispano sobre el joven Pedro II es el de un soberano que poco o nada tenía que ver con su “grandioso” abuelo, representado como un títere en manos de los distintos miembros de la corte rusa:

El monarca no ha cumplido aún trece años, pero habiéndosele ya declarado la mayor edad, no hay quien se atreva nada ni a corregirle. [...]. Ya da a conocer que ha de ser amigo del sexo femenino en superlativo grado [...]. El zar no puede ver la mar ni los navíos y ama con pasión la caza; aquí no la hay, y en Moscú la hay con abundancia [...]¹⁶.

Hay que tener en cuenta cómo Pedro “el Grande” se había convertido en una figura mitificada, ya incluso para sus propios contemporáneos. Como ha advertido López-Cordón, más que los logros militares del ejército ruso, fue el propio zar quien impresionó por completo a las cortes occidentales¹⁷. Si bien la corona española había mantenido

¹²BUSHKOVITCH, PAUL: “The Monarch and the State in 18th-Century Russia”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 4 (2003), p.939.

¹³ Para un estudio concreto sobre la estancia del duque de Liria en Polonia, ver RODRÍGUEZ POLO, MARIO: “El Duque de Liria a su paso por Polonia”, *Eslavística Complutense*, 8 (2008), pp.207-231.

¹⁴LIRIA, DUQUE DE: *Diario del viaje...*, p.89.

¹⁵RAGSDALE, HUGH: “Russian Foreign Policy, 1725-1815”, en LIEVEN, DOMINIC (Ed.): *The Cambridge History of Russia*, Vol. 2 (Imperial Russia, 1681-1917), Cambridge, Cambridge University Press, 2008, pp.504-505.

¹⁶*Ibidem*, pp.136-137.

¹⁷LÓPEZ-CORDÓN, MARÍA VICTORIA: “De Moscovia a Rusia: caracteres europeos y límites europeos en el imaginario español de los siglos XVII y XVIII”, *Saitabi*, 55 (2005), pp.85-86.

escasos contactos con Rusia¹⁸, fue durante el reinado de Pedro I cuando aumentaría la correspondencia entre ambas monarquías¹⁹, al tener lugar la primera embajada rusa con carácter indefinido en Madrid²⁰ y establecerse un consulado ruso en Cádiz que favorecería el inicio de las relaciones comerciales. No obstante, el duque de Liria debía ser conocedor de la obra y personalidad del emperador ruso a través de las cartas de los embajadores hispanos de La Haya y París, el marqués de Beretti Landi y el príncipe de Cellamare, respectivamente, quienes tuvieron contacto con la Corte de Pedro I durante su viaje por Europa (1716-1717)²¹, así como por medio de las obras que ya circulaban por todo el continente sobre el reinado del gran monarca ruso²².

Pero la Rusia que se encontró el duque de Liria poco o nada tenía que ver con la de Pedro “el Grande”. El espíritu del *samoderzhitz* (“autócrata”), del *batushka* (“padre del pueblo”), no estaba en el joven Pedro II, pues

no tenía aún resolución para obrar de por sí, y valiéndose de esto el príncipe Alejo Dolgoruki, su ayo, y el príncipe Juan Dolgoruki, su valido, gobernaban todo como querían y con un imperio tal, que fueron la causa de que no se sintió nada la muerte de este joven monarca²³.

Aunque el duque de Liria lo achacó a la propia personalidad del zar-niño y a las maquinaciones de la nobleza moscovita, no supo apreciar la negativa influencia que pudo tener precisamente Pedro “el Grande”. Según Russel E. Martin, el primer emperador ruso estableció un sistema por el cual el derecho a gobernar no emanaba de la divinidad o por

¹⁸ Para las primeras embajadas rusas que tuvieron lugar en España, ver FERNÁNDEZ IZQUIERDO, FRANCISCO: “Las embajadas rusas a la corte de Carlos II”, *Studia Histórica: Historia Moderna*, 22 (2000), pp.75-107.

No hay que confundir las primeras embajadas moscovitas que llegaron a la Península en tiempos de Carlos V, pues se hicieron en honor al Emperador, no a la corona española. Para más información, LÓPEZ DE MENESES, AMANDA: “Las primeras embajadas rusas en España (1523,1525 y 1527)”, *Bulletin Hispanique*, 48 (1946), pp. 210-226; SMOTKI, EUGENIA: “Los espacios eslavos en la política de Carlos V: pro et contra entre dos ‘Romas’”, en CASTELLANO CASTELLANO, JUAN LUIS y SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, FRANCISCO (coords.): *Carlos V. Europeísmo y Universalidad*, vol. 3, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, pp.503-518. Sobre las relaciones comerciales y diplomáticas entre ambas coronas, ver SCHOP SOLER, ANA M.: *Un siglo de relaciones diplomáticas y comerciales entre España y Rusia. 1733-1833*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1984. Para un estudio completo de las embajadas rusas en España, ver el reciente libro de VOLOSUYK, OLGA (coord.), *Diplomáticos rusos en España. 1667-2017*, Moscú, Mezhdunarodnye otnosheniya, 2016. Para un estudio centrado en la apertura de Rusia en el contexto europeo moderno, ver NAZÁROV, VLADISLAV D., OUVÁROV, PÁVEL Y. y VEDYUSHKIN, VLADIMIR: “Las instituciones rusas de representación durante los siglos XVI y XVII en el contexto europeo: una perspectiva historiográfica”, *Studia historica. Historia Moderna*, 37 (2015), pp.21-51.

¹⁹ Archivo Histórico Nacional [AHN], Estado, leg.2728. En la correspondencia que Felipe V y Pedro I mantuvieron no se aprecian más que mensajes de amistad, cartas relacionadas con nacimientos o defunciones de determinados miembros de sus respectivas familias reales o deseos de emprender una relación comercial directa.

²⁰ Estaba encabezada por Serguéi D. Golitsin (1722-1726). Ver VOLOSUYK: *Diplomáticos rusos...*, pp.333-342.

²¹ Para la correspondencia de estos ministros con la Corte de Madrid, ver AHN, Estado, leg.1669. Es especialmente significativa la carta que el príncipe de Cellamare envió el 10 de mayo de 1717, donde señalaba rasgos de la personalidad de Pedro I: “es muy regular, razonable, medida y circunspecta su conducta, sin que se hallen otras acciones reparables que aquellas que precisamente se encuentran en todos los que han nacido en muy remotos países y muy diferentes a los nuestros en los ritos y costumbres”.

²² Ver POE, MARSHALL: *Foreign Descriptions of Muscovy. An Analytic Bibliography of Primary and Secondary Sources*, Columbus, Slavica Publishers, 1995. Sobre la circulación de noticias en la época moderna, OLIVARI, MICHELE: *Avisos, pasquines y rumores. Los comienzos de la opinión pública en la España del siglo XVII*, Madrid, Cátedra, 2014.

²³LIRIA, DUQUE DE: *Diario del viaje...*, p.267.

meros lazos de sangre regia sino por el propio mérito y la importancia del “bien común”, sembrando, en el caso de la sucesión, la duda en torno a la legitimidad del nuevo zar²⁴.

Con respecto al resto de miembros de la familia real es significativo el retrato que hizo de la princesa Isabel, tía de Pedro II,

La persona en quien el zar tiene más confianza es en la princesa Isabel, su tía, que es muy hermosa; creo que su confianza llega a amor [...]. Los rusos no dejan de temer el gran poder que tiene con el zar la princesa Isabel, cuya capacidad, entendimiento y maña les hace sombra. Por esto quisieran apartarla, procurando casarla cuanto antes. [...]²⁵.

Más tarde, el representante de la Corte de Madrid vería cómo las intrigas en contra de la princesa Isabel surtirían efecto y cómo su relación con el zar comenzó a torcerse, lo que provocó que la que sería la futura emperatriz, “viéndose abandonada del zar, empez[ara] a abandonarse con bastante publicidad a una vida, muy indigna de su nacimiento, teniendo unos galanteos públicos con gentes bajas y viles, como granaderos de guardias y otros”²⁶, cuestiones que serían precisamente motivo de crítica durante su reinado.

Pero sería la gran princesa Natalia, hermana del zar, la persona que mejor impresión causó al duque de Liria, a la que encontró, sin embargo, envuelta en las intrigas de la Corte:

Cuando subió el zar al trono, tenía confianza en su hermana tan grande que hacía cuanto le decía y no podía estar un instante sin ella. Vivían con una armonía admirable [...]. Los demás cortesanos que no amaban a la gran princesa, por el cariño que tenía al barón de Osterman y a todos los extranjeros, procuraron aumentar el favor de la princesa Isabel, la cual no podía ver a su sobrina, y consecuentemente, fue alejando al zar de ella poco a poco [...]²⁷.

Uno de los objetivos del duque de Liria en Rusia era el proyecto matrimonial entre el infante don Carlos, futuro Carlos III, y la gran princesa, asunto que era del beneplácito de la corte rusa²⁸:

Quisieran [los rusos] apartar a la gran princesa y hallarla un marido competente; pero esto es muy dificultoso porque hay pocos príncipes que querrán enviar a buscar una mujer a Moscovia. [...] Han esparcido la voz aquí que uno de los principales motivos que tuvo el rey, nuestro señor, para enviarme a esta corte, fue para tratar un casamiento entre el infante Don Carlos y la gran princesa [...]²⁹.

Sin embargo, la muerte de la gran princesa en diciembre de 1728 frustró cualquier plan dinástico entre los Borbones y los Romanov. Su pérdida fue un duro golpe para el duque de Liria: “era el ídolo de los hombres de bien, la perla de Rusia, y en una palabra,

²⁴MARTIN, RUSSEL E.: “Law, Succession, and the Eighteenth-Century refounding of the Romanov Dynasty”, en BOECK, BRIAN J., MARTIN, RUSSEL E. y ROWLAND, DANIEL (eds.): *Dubitando: Studies in History and Culture in Honor of Donald Ostrowski*, Bloomington, Slavica Publishers, 2012, pp. 225-242. Esto explicaría que a lo largo del siglo XVIII se hiciese uso de la fuerza militar para justificar el derecho al trono ruso, como fueron los casos de las zarinas Ana I, Isabel I y Catalina II.

²⁵LIRIA, DUQUE DE: *Diario del viaje...*, p.138; pp.139-140.

²⁶*Ibidem*, p.221.

²⁷*Ibidem*, p.168.

²⁸KOVÁCS, MARIAN: “Un proyecto matrimonial olvidado entre los Borbones de España y los Romanov de Rusia a principios del siglo XVIII”, *Trienio. Ilustración y Liberalismo. Revista de Historia*, 25 (1995), pp.5-32.

²⁹LIRIA, DUQUE DE: *Diario del viaje...*, p.140.

demasiadamente perfecta para que Dios la dejase en medio de unos bárbaros que no saben lo que es la verdadera y sólida virtud”³⁰.

Por tanto, desde el momento en que llegó a San Petersburgo y, sobre todo, a Moscú, el duque de Liria se adentró en una Corte donde las intrigas palaciegas, facciones nobiliarias y luchas de poder se dirigían al control del zar-niño, Pedro II, de sólo 13 años, que había sido proclamado mayor de edad. En este sentido, en una carta dirigida al marqués de la Paz, del 10 de enero de 1728, el duque de Liria informaba a Felipe V “del sistema de gobierno de este país, que se va mudando y corre gran riesgo (si Dios no lo remedia) de recaer en su antiguo ser”, pues “no hay corte en Europa más inconstante que ésta y más sujeta a revoluciones repentinas”. Así, hablaba de dos facciones o partidos enfrentados en la corte rusa:

El primero, que es el del zar, se compone de todos sus rusos, cuyo principal objeto es echar de aquí a todos los extranjeros; este partido se divide también en dos, formando el uno la casa Golitzin y la otra la casa Dolgoruki [...]; el segundo partido le llaman de la gran princesa, y se compone del barón de Osterman, del conde de Löwenwolde, mayordomo mayor de la gran princesa, y de todos los extranjeros. El objeto de este partido es de sostenerse contra los rusos [...]³¹.

El ejemplo fundamental, para el duque de Liria, de cómo Rusia iba recayendo precipitadamente a su antiguo ser y “que consecuentemente se iba poniendo el zar en un estado de ser, no sólo poco respetado de sus vecinos, pero aún inútilísimo a sus amigos y aliados”³², fue el traslado de la Corte a Moscú. En la antigua capital, el ministro español veía cómo los moscovitas, “siendo enemigos declarados de todo extranjero, querían echar a Osterman y hacer quedar en Moscú al zar para volver a practicar las antiguas máximas rusas, y no hacer más el papel que el gran Pedro I había hecho en el mundo”, pues “contemplando más su propio interés que el de su amo querían hacerle quedar en Moscú para estar más a mano de sus haciendas y casas”³³.

Moscú representaba, por tanto, la vuelta a las tradiciones rusas, la ruptura con Occidente³⁴. Por ello, el duque de Liria, al igual que otros ministros extranjeros y el propio vicescanciller Osterman, trató de convencer al zar de la necesidad de volver a San Petersburgo. Sin embargo, el ministro español se encontró sin el apoyo de Madrid, desde donde el marqués de la Paz le explicaba que “no era menester empeñar al rey, nuestro señor, ni a su real nombre en esta dependencia, pues era cosa muy indiferente para S.M. el paraje a donde residía el zar”, lo que significaba el desconocimiento absoluto de la Monarquía Hispana de los entresijos de la corte rusa. Sin embargo, el duque de Liria, más allá de sus motivaciones personales, pues temía el odio que los moscovitas profesaban a los extranjeros, lo consideraba un asunto esencial para la consecución de sus objetivos³⁵.

³⁰*Ibidem*, p.201.

³¹*Ibidem*, p.138.

³²*Ibidem*, p.230.

³³ *Ibidem*, p.167.

³⁴ Sobre el significado de San Petersburgo como capital de la Monarquía rusa, JONES, ROBERT E.: “Why St Petersburg?”, en HUGHES, LINDSEY (ed.), *Peter the Great and the West: New Perspectives*, New York, Palgrave, 2001, pp.189-205.

³⁵ “Yo miraba la vuelta a San Petersburgo como importantísima para nuestros intereses: [...] en caso de que se hubiese roto la guerra, es cierto que Rusia no nos podía ayudar directamente, pero lo podía hacer con

A pesar de la buena relación que tuvo el duque de Liria con los miembros de la familia Dolgoruki, el enviado hispano no dudaba en ver al barón Osterman, al menos al principio, como la figura central con la que asegurar su acercamiento a la Corte y cumplir con éxito su misión. Por ello, apoyaba su posición en su pugna contra los Dolgoruki:

Sería una pérdida irreparable para nuestra alianza si perdiéramos a Osterman; lo primero porque es alemán y bien intencionado; lo segundo porque es hombre con quien se puede tratar con franqueza, y lo tercero porque estamos seguros que procurará en cuanto pueda que su amo no siga las antiguas máximas rusas³⁶.

No obstante, los acontecimientos que tendrían lugar a lo largo del año 1730 modificaron por completo la situación de la corte rusa, tal y como la había vivido en primera persona el duque de Liria. Se avecinaban nuevas intrigas, nuevos protagonistas y nuevos tiempos en la Rusia imperial, de los que el enviado de Madrid fue un testigo excepcional.

Ana I: la recuperación de la autocracia

Tras la muerte de Pedro II en enero de 1730, las intrigas en la Corte giraron en torno a la cuestión de la sucesión³⁷. Según dejó escrito el duque de Liria en su *Diario*, había cuatro partidos o facciones: el de los Dolgoruki, quienes querían garantizar la sucesión en el trono ruso para la novia y prometida del zar, miembro de su familia; el de los partidarios de la primera mujer de Pedro I y abuela del difunto zar, Eudoxia Lopujin; el tercero en torno a la princesa Isabel; y aquellos que apoyaban al hijo de la difunta duquesa de Holstein, hija de Pedro I (futuro Pedro III). Sin embargo, “estos partidos eran tan flacos, que no se trató ni de uno ni de otro”. El proyecto victorioso sería el de los Golitsin, quienes pusieron “en ejecución la idea que había siempre tenido de atar las manos a sus soberanos, que habían sido hasta allí demasíadamente despóticos, y formar un gobierno a manera del de Inglaterra”³⁸.

Finalmente, la elección recayó en Ana, duquesa viuda de Curlandia, hija del zar Iván V, hermanastro de Pedro I. Para ello, debía firmar unas condiciones, redactadas por el Gran Consejo (o Consejo Supremo), con las cuales debía reinar³⁹.

A pesar del consentimiento de Ana, que se encontraba en Mittau, el panorama que describe el duque de Liria en Moscú aparece cargado de tensión y nerviosismo ante el devenir de los acontecimientos: persecuciones a miembros representantes del modelo

mucho acierto con la diversión que estaba en estado de hacer con los 30.000 hombres que había de enviar a Alemania. Los aliados de Hannover creían y publicaban en todas partes que la Rusia volvería a su antiguo ser si se quedaba el zar en Moscú, y que mientras no volvía a San Petersburgo, no sacaría nuestra alianza ningún provecho de la suya [...]” LIRIA, DUQUE DE: *Diario del viaje...*, pp.231-232.

³⁶*Ibidem*, p.139.

³⁷ Para más información, ver DANIELS, RUDOLPH L: “Tatishchev and the Succession Crisis of 1730”, *Slavonic and East European Review*, 49/117 (1971), pp.550-559.

³⁸LIRIA, DUQUE DE: *Diario del viaje...*, p.268.

³⁹ Las Condiciones eran que la zarina no podía iniciar una guerra ni firmar ningún acuerdo de paz sin el consentimiento expreso del Consejo Supremo; no podría establecer nuevos impuestos; no podía promover a nadie más allá del rango de coronel y se establecía que los guardias y otros regimientos importantes debían permanecer bajo el control del Consejo Supremo; tampoco podría promover a nadie, fuese ruso o extranjero, dentro de la Corte; no podía privar a la nobleza de su estatus, bienes o vida; no podía imponer nuevas contribuciones; y se establecía que Ana no podría volver a casarse ni nombrar personalmente a su sucesor (COWLES, VIRGINIA: *Los Romanov*, Barcelona, Noguer, 1975).

autocrático; concatenación de proyectos del Gran Consejo para limitar la preponderancia de la nobleza y el poder de la zarina, aunque ninguno alcanzaría el apoyo necesario; o las primeras muestras de la zarina Ana de que no estaría dispuesta a cumplir con las condiciones que había firmado, al asumir el título de coronela de las tropas de Preobrazhenski o el de gran maestre de la Orden de San Andrés. Finalmente, el Gran Consejo “que había querido gobernar según su fantasía, no sólo la monarquía rusa, pero también su misma soberana, y el día 8 de marzo [de 1730] se acabó la autoridad de aquel atrevido tribunal”⁴⁰. Aquel día la zarina Ana firmó un memorial de la nobleza en el que, como “madre de toda la patria”, se le reclamaba que recuperase su poder absoluto, acto seguido del cual rompió las condiciones que había aceptado con anterioridad.

A pesar de la pérdida de confianza que vivió el duque de Liria en los primeros meses del reinado de Ana, su relato nos permite vislumbrar los cambios experimentados en la corte rusa. Según advirtió, ésta estaba ahora dominada por un partido alemán, conformado por el barón de Osterman, el gentilhombre de cámara Biron y el conde de Löwenwold, nombrado gran mariscal de corte. Era el reflejo de cómo la influencia extranjera, que tanto se había tratado de impedir durante el reinado de Pedro II, volvía a surtir efecto en la corte rusa, como en tiempos de Pedro “el Grande”. Sin embargo, mientras que éste restringió el acceso de determinados personajes extranjeros a puestos de relevancia en el Gobierno, Senado y en la Corte, Ana favorecería su posición durante todo su reinado, lo que terminaría siendo uno de los motivos del ascenso al trono ruso de Isabel I en el año 1741 en detrimento del zar-niño Iván VI.

No obstante, Ana se aseguró de contar también con el apoyo de determinados miembros de la élite rusa. En especial, de los Golitsin, lo cual causó una gran sorpresa para el duque de Liria, pues “habían sido los más acérrimos fautores de la autoridad del Gran Consejo y del establecimiento de una especie de república”⁴¹. Pero, como descubrió, había sido obra de la alianza que los Golitsin tenían con los alemanes, quienes se aseguraron de que obtuvieran la gracia de la soberana, tal y como se confirmó en la conformación de su Casa Real:

nombró la zarina sus damas de palacio, y éstas fueron la princesa Golitzin, mujer del feldmariscal, camarera mayor, y damas, la baronesa de Osterman, la condesa Yuguzhinski; la princesa Cherkasski, la generala Chémijov, la condesa Golovkin, Mad. Lopujin y Mad. Saltykov, y asimismo nombró seis damas solteras⁴².

Según los datos que proporciona Simon Dixon, la Corte de Ana en el año 1730 estaría conformada por unas 625 personas, cuyo coste anual supondría a las arcas de la Hacienda Real más de 83.000 rublos⁴³. Sin embargo, de los miembros que conformaban el servicio de Ana no habría ninguno que perteneciera a la Casa Dolgoruki. Tras la ruptura de las Condiciones, esta familia, que “tenía a la zarina como prisionera, para poder llevar adelante sus propias ideas, siendo el que más animaba al Gran Consejo (del cual era miembro) a que ciñese la autoridad de la zarina de forma que S.M. fuese sino una esclava en grillos de

⁴⁰LIRIA, DUQUE DE: *Diario del viaje...*, p.291.

⁴¹*Ibidem*, p.295.

⁴²*Ibidem*, p.300.

⁴³DIXON, SIMON: *New Approaches to European History: The Modernisation of Russia, 1676–1825*, Cambridge, Cambridge University, 1999, p.120.

oro”⁴⁴, cayó en desgracia. Así, no sólo no obtuvieron ningún cargo en la nueva corte y administración rusa sino que todos sus miembros fueron perseguidos y desterrados.

Las diferencias de la Corte de Pedro II y Ana I. La cuestión de la magnificencia y el ceremonial

A pesar de sus deseos por abandonar Moscú, los acontecimientos que transcurrieron durante los casi tres años que el duque de Liria permaneció allí le permitieron ser testigo del ceremonial de la corte zarista. Desde tradiciones rusas, como la bendición del agua el día de Epifanía, fiestas, fuegos artificiales, grandes banquetes y bailes en palacio, hasta actos conmemorativos que reflejaban la forma en la que la monarquía zarista reafirmaba su poder, tales como las entradas públicas, las coronaciones de Pedro II y Ana I o los funerales reales de la gran princesa Natalia y el joven zar, descritos en el *Diario*. Así, a través de estas celebraciones y mediante el testimonio del duque de Liria, podemos ver el distinto programa que Pedro II y Ana I iban a tratar de reflejar en sus respectivos reinados.

Durante el reinado del zar-niño, el ceremonial quedó subordinado al control que sobre él ejercían los Dolgoruki y la vieja nobleza moscovita. Pero, lo cierto es que se había dado, en cierta medida, un paso más con respecto al modelo cortesano establecido por Pedro “el Grande”, definido por Anderson como un “ceremonial sin realeza”, vinculado a exaltar su papel como gran conquistador y caudillo, manifiesto en los desfiles militares en honor a las victorias contra Suecia o el Turco⁴⁵. Así, con Pedro II el duque de Liria apreció la importancia que el protocolo y la pompa tenían en el nuevo sistema cortesano, no muy diferente al existente en el resto de Europa occidental.

Por ejemplo, a pesar “de haber padecido lo que no es decible” durante el viaje, en el momento en que pisó suelo ruso, Riga, el 12 de noviembre de 1727, y en su entrada a San Petersburgo 11 días después, el duque de Liria fue recibido con todos los honores que se le podían hacer a un personaje de su rango ducal y como representante de la corona española:

Al entrar por la puerta [de Riga] me saludó la plaza con un salva de treinta y tres tiros de cañón, y toda la guarnición, que se componía de 8.000 hombres, estaba en fila por las calles con las armas presentadas y sus generales a su frente a caballo y con espada en mano, desde la puerta de la ciudad por donde entré, hasta la casa que me tenían preparada [...]⁴⁶.

Por otro lado, el ministro hispano presencié cómo el estilo europeo en la corte rusa se había asentado en el protocolo de recibimiento de embajadores en las audiencias del zar⁴⁷, en su gusto por los fuegos artificiales, en los fastuosos banquetes, etc. Sin embargo, el duque de Liria veía cómo, a pesar de que se habían mantenido los modos inspirados en Europa occidental, como la vestimenta, determinadas costumbres... que Pedro I había

⁴⁴LIRIA, DUQUE DE: *Diario del viaje...*, p.294.

⁴⁵ANDERSON, MATTHEW S.: “Peter the Great. Imperial revolutionary?”, en DICKENS, ARTHUR G.: *The courts of Europe. Politics. Patronage and Royalty. 1400-1800*, London, Thames and Hudson, pp.262-281.

⁴⁶LIRIA, DUQUE DE: *Diario del viaje...*, p.124. No obstante, tal dispéndio obedecía a la idea de la corte rusa de que iba a asumir el carácter de Embajador y no el de ministro plenipotenciario. No se trataba de una cuestión baladí: la consideración de uno u otro implicaba mayores costes económicos y un reconocimiento expreso al poder e influencia del Estado de destino, algo a lo que la Corona española, pese a su interés por atraerse a Rusia como aliado, no estaba dispuesta a otorgárselo.

⁴⁷ El duque de Liria detalló a Madrid el ceremonial de su primera audiencia pública con Pedro II, la cual transcurrió el 30 de diciembre de 1727. Ver AHN, Estado, Libro 711.

instaurado en Rusia⁴⁸, en la Corte de Pedro II no se asimilaron las derivaciones políticas del “arte de gobernar” de Europa y el concepto de cultura cortesana que implicaba. Según explica Dixon, era consecuencia de la *imitatio* a las formas externas occidentales, especialmente del modelo implantado por Versalles, mientras que, en lo concerniente al significado político, la corte rusa siguió anclada en la concepción de la Casa medieval moscovita⁴⁹.

En este sentido, por medio de las impresiones del duque de Liria, podemos preguntarnos sobre el concepto de magnificencia que existía en la corte rusa. Tal y como quedó patente desde el Renacimiento, un príncipe no podía elevarse de manera exagerada y convertirse en una persona intratable, pero tampoco olvidarse de su condición principesca. La cuestión era encontrar el justo medio, presentarse de manera magnífica y, a la vez, ser un príncipe comunicable, es decir, accesible para sus súbditos, con el fin de poder ejercer la justicia y la liberalidad⁵⁰. Sin embargo, el retrato que nos presentó el duque de Liria sobre Pedro II distaba mucho del modelo de príncipe europeo, a pesar de las buenas cualidades que veía en él:

tenía muchísimo entendimiento, una comprensión fácil y era secretísimo; no se podía descubrir que tuviese propensión particular a ningún vicio, y el de la borrachera, tan común en Rusia, no era de su gusto. Su figura era bella y su estatura extraordinaria, considerando su edad [...]⁵¹.

Como muchos rusos, el duque de Liria no dudaba en culpar al clan Dolgoruki de ser los responsables de la mala educación del joven zar, quien “habiendo empezado a reinar de once años, no volvió a mirar un libro, y los rusos que estaban cerca de él, procuraban disgustarle de la lectura para que no se instruyese y fuese tan ignorante como sus antecesores”⁵². Por ello, el ministro hispano no dudaba en advertir de la necesidad de que Pedro II gobernase su monarquía y se aplicase a “mantenerla en el auge, estimación y respeto en que la había puesto su glorioso abuelo, asistiendo siquiera algunas veces al despacho, y haciéndose informar de las materias de Estado”⁵³.

El duque de Liria reprobaba cómo el zar, alejado de la Corte, apenas se dejaba ver ante sus vasallos y se ausentaba durante meses en sus casas de campo de Ismailovsky o Katung, entre otras, lo que originó muchas quejas. Por un lado, de los propios rusos “que amaban la patria”, que se desesperaban al ver que Pedro II, desde por la mañana, “montaba en su eslita e iba todos los días a una casita del príncipe Alejo Dolgoruki, [...], quedándose allí todo el día a jugar a juegos de niño, sin aplicarse a nada de lo que conviene que un gran monarca sepa”⁵⁴. Pero también el personal diplomático extranjero mostró su malestar por “lo indecoroso que era para nuestros amos el que quedásemos en Moscú tanto tiempo sin

⁴⁸KAMENSKII, ALEXANDER: “The Petrine Reforms and their Impact”, en HUGHES, LINDSEY: *Peter the Great and the West...*, pp.29-35.

⁴⁹DIXON, SIMON: *New Approaches...*, p.117.

⁵⁰STRONG, ROY: *Arte y poder: Fiestas del Renacimiento (1450-1650)*, Madrid, Alianza, 1988, p.37.

⁵¹LIRIA, DUQUE DE: *Diario del viaje...*, pp.229-230.

⁵²*Ibidem*, p.267.

⁵³*Ibidem*, p.230.

⁵⁴*Ibidem*, p.227.

tener con quién tratar los negocios que se podían ofrecer, y que nos veíamos obligados a representar a nuestros soberanos lo inútiles que éramos en semejantes circunstancias”⁵⁵.

Sin embargo, el duque de Liria notó el cambio que se asentaba en la corte rusa con la llegada de Ana al trono. De hecho, en la cena de su coronación, el duque de Liria afirmó que “no he visto en mi vida corte más magnífica que lo era la de Rusia en aquel día”⁵⁶. La nueva zarina recuperó a través de los sermones, odas y festivales que se realizaron desde el inicio de su reinado el concepto de Monarquía que inaugurara su tío Pedro I, por el cual el gobernante aparecía como benefactor que somete los intereses personales al beneficio del “bien común”, bases sobre las que se asentaría el modelo cortesano ruso durante todo el siglo XVIII, especialmente con Catalina la Grande⁵⁷. Así, Ana y sus sucesoras, a través del ceremonial, se presentarían, pese a sus diferencias, como salvadoras divinas del reino, para lo que no dudaron en hacer referencia a diosas de la mitología clásica, caracterizadas por su virginidad y justicia, como Astrea o Atenea. De esto mismo fue testigo el duque de Liria, quien en las fiestas de coronación de la zarina Ana vio las imágenes con las que se simbolizaba su próspero reinado:

una mujer de dos caras; la una muy hermosa, con una media corona de laurel y teniendo en la mano que le correspondía un libro; la otra cara, belicosa; con un yelmo y media corona de hierro, teniendo en su mano armada una lanza: representaba Bellona, compuesta de Pallas y Minerva, con esta inscripción: *Artibus et armis*. [...]

Estaba pintada una mujer con los ojos vendados, teniendo en la mano derecha una espada desnuda y en su izquierda una balanza igual con esta inscripción: *Audito, nihil video*⁵⁸.

Además, la coronación de Ana trataba de enfatizar la ruptura con el reinado anterior de Pedro II y del gobierno de los Dolgoruki, que representaban la injusticia y el despotismo. Para ello, no dudó en hacer uso de la fuerza, mostrando a la nueva emperatriz como poseedora de una autoridad desenfrenada y catártica, que tenía el poder de actuar en nombre del “bien común”:

Estaba pintada la zarina sentada en un trono, colocado debajo de una palma, y junto al trono varias insignias de guerra y artes, como cañones, banderas, tambores, compases, niveles, etc., como también hombres de diferentes profesiones y estados que venían a consultarla, (representaba Débora) y de su boca salía escrito: *In omne iudicium*⁵⁹.

Así, lejos de las ceremonias absolutistas del Renacimiento y del Barroco, el nuevo modelo cortesano y de magnificencia que inauguraba Ana en Rusia parecía anticiparse a la ética eudemonista de la Ilustración. Así, “el placer se convirtió en la justificación universal” y las manifestaciones ceremoniales en actos de confirmación pública de la devoción del monarca a las concepciones occidentales del “bien común” y de la “felicidad”⁶⁰. Al fin y al cabo, como explica Martínez Millán, “los monarcas emplearon los términos de moda de la

⁵⁵*Ibidem*, p.224.

⁵⁶*Ibidem*, p.303.

⁵⁷ Ver MADARIAGA, ISABEL DE: *Russia in the age of Catherine the Great*, London, Weidenfeld and Nicolson, 1981.

⁵⁸LIRIA, DUQUE DE: *Diario del viaje...*, pp.301-302.

⁵⁹*Ibidem*, p.303.

⁶⁰WORTMAN, RICHARD S.: *Scenarios of Power: Myth and Ceremony in Russian Monarchy from Peter the Great to the Abdication of Nicholas II*, New Jersey, Princeton University Press, 2006, p.43.

Ilustración para racionalizar su autoritarismo o para expresar intereses culturales como para influir en la realidad del Gobierno”⁶¹.

Por tanto, con Ana, los actos públicos se extendieron como reflejo del poder y heroísmo de la Monarquía. Era la forma de perpetuar la obra reformista de Pedro I, pero con importantes cambios. La máxima del Gobierno petrino había sido *divide et impera* con el fin de evitar la existencia de un poder que se uniese contra él o rivalizase su poder. De ahí, el deterioro de la nobleza, la pérdida de poder de la Iglesia, el ascenso de “nuevos hombres”, etc⁶². Sin embargo, Ana, tras la ruptura de las Condiciones, inició el sistema dominante a lo largo de todo el siglo XVIII en Rusia, por el cual la emperatriz tenía un poder ilimitado y la nobleza dominaba la burocracia y afianzaba sus privilegios a costa de la supervivencia de la servidumbre⁶³. Es decir, Ana confirmó su triunfo mediante la alianza con la nobleza.

Pero esta unión no se trataba de un mero apoyo político sino que, mediante el mito de la *renovatio*, la élite nobiliaria se adscribía a una “etiqueta de adhesión” que la presentaba como un grupo unificado que mostraba públicamente su lealtad a la nueva soberana por medio de las ceremonias y celebraciones diversas, pero en el que también la Monarquía garantizaba la autoridad y preeminencia de aquella⁶⁴. Sin embargo, ello no significaba, según Dixon, que el noble cortesano dejase de ser un “esclavo” (*rab*), ligando su destino y bienes al servicio del zarismo⁶⁵.

Conclusión

La distancia geográfica entre Rusia y España y la falta de intereses comunes fueron la principal razón de que no tuvieran ningún contacto a destacar hasta bien entrado el siglo XVIII. Pero no fue la única. Lo cierto es que el Gran Ducado de Moscovia se trataba de una sociedad profundamente distinta al resto de las de Europa Occidental. Como ha explicado López-Cordón, a pesar de que “los europeos estuvieran unidos por su fe religiosa y la herencia recobrada de la cultura romana, cuando se inventaron a sí mismos a comienzos del siglo XVII, no lo hicieron sólo en términos religiosos, ni tampoco espaciales, sino culturales y políticos”⁶⁶. La ausencia en Rusia de los ideales inspirados desde el Renacimiento, que habían marcado la mentalidad europea, hacía pensar el difícil entendimiento existente entre ambos bloques geográficos, guiados y dominados por estereotipos y prejuicios hacia el “otro”⁶⁷.

⁶¹MARTÍNEZ MILLÁN, JOSÉ y CARLOS MORALES, CARLOS J. DE: *Religión, política y tolerancia en la Europa Moderna*, Madrid, Polifemo, 2011, pp.344-345.

⁶²POE, MARSHALL: “Absolutism and the New Men of Seventeenth-Century Russia”, en Marshall Poe y Jarmo Kotilaine (eds.), *Modernizing Muscovy: Reform and Social Change in Seventeenth-Century Russia*, London, Routledge, pp.115-116.

⁶³DIXON, SIMON: *New Approaches...*, pp.94-95.

⁶⁴WORTMAN, RICHARD S.: *Scenarios of power...*, p.41.

⁶⁵DIXON, SIMON: *New Approaches...*, p.123.

⁶⁶LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, M^a VICTORIA: “De Moscovia a Rusia...”, p.78.

⁶⁷SMOTKI, EUGENIA: “Modelos de percepción del ‘otro’ cristiano en la conciencia cultural de Rusia y España en los siglos XV y XVI”, en FLORES JUBERÍAS, CARLOS (ed.), *España y la Europa oriental: tan lejos, tan cerca*, Valencia, Universitat de València, 2009, pp. 663-682; BARBA BELTRÁN, LAURA y MORGADO GARCÍA, ARTURO: “Salvajes en Europa: La imagen de la Rusia moderna en España”, en GONZÁLEZ FISAC, JESÚS (ed.): *Barbarie y civilización. XVI Encuentro de la Ilustración al Romanticismo: Cádiz, América y Europa ante la modernidad, 1750-1850*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2014, pp.49-64.

El 30 de noviembre de 1730, el duque de Liria abandonó Moscú. Su marcha era consecuencia del enfriamiento de las relaciones entre la corona española y el Imperio, quien forzó a Rusia a que retirase a su embajador Scherbátov de Madrid. Desde entonces, como consecuencia del contexto europeo y la negativa de reconocer el título imperial a los zares, Rusia y la Casa de los Borbones hispanos rompieron relaciones diplomáticas hasta 1760.

No obstante, lo que reveló la embajada del duque de Liria a Rusia era cómo, en el nuevo sistema de equilibrio europeo que había inaugurado la Paz de Utrecht (1713), la nueva dinastía Borbón en el trono español, con Felipe V a la cabeza, a diferencia de sus antecesores, adoptó una mentalidad plenamente europea que asumía que los problemas de los españoles del XVIII, como analizó Béthencourt y Massieu, eran “los mismos que los de sus contemporáneos allende los Pirineos, con las naturales, lógicas y radicales diferencias”⁶⁸.

Así, gracias al relato del duque de Liria, la Corte de Madrid pudo ver cómo aquella “barbarie rusa”, aquel “estado salvaje”, ideas dominantes en la opinión pública moderna, no distaba demasiado de la mentalidad europea. Es decir, cómo la monarquía y nobleza rusas no eran tan diferentes al resto de cortes europeas, aunque, como apunta Encinas Moral, “sus caracteres psicológicos en dependencia de la historia y del sistema en que ellos habían vivido y vivían decidieron el destino de Rusia, no siguiendo el proceso histórico general europeo, sino por las vías conformes al de su propio país”⁶⁹. A pesar de las diferencias existentes entre Pedro II y Ana I, la corte rusa que conoció el duque de Liria, como en el resto de Europa, consistía en la sede de una clase dominante que extendía sus redes de influencia política, económica y cultural sobre todos los resortes de la sociedad.

⁶⁸BÉTHENCOURT Y MASSIEU, ANTONIO DE: *Relaciones de España...*, p.32.

⁶⁹ENCINAS MORAL, ÁNGEL LUIS: “Prólogo. La embajada del Duque de Liria en Rusia (1727-1730)”, en LIRIA, DUQUE DE: *Diario del viaje...*, p.22.